

Cristina Peri Rossi
Los amores equivocados



menos**cuarto**

© Cristina Peri Rossi, 2015
© de esta edición, Menoscuarto [E. Cálamo, S. L.], 2021

1.^a edición en esta colección, diciembre 2021

ISBN: 978-84-15740-75-9

Diseño de colección: Echeve
Ilustración de cubierta: Richard Estes. *Telephone Booths*, 1967.
Madrid, Museo Thyssen-Bornemisza. © 2015, Photo
SCALA, Florence
Corrección de pruebas: Beatriz Escudero

Impresión: Gráficas Zamart (Palencia)
Printed in Spain – Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES
Pza. Cardenal Almaraz, 4 - 1.º F
34005 PALENCIA (España)
Tfno.: (+34) 979 701 250
correo@menoscuarto.es
www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ironside

El camino era de tierra y, como hacía calor, mientras conducía el pesado camión cargado de butano levantaba una nube de polvo que dificultaba la visión, a pesar de lo cual a esa hora impropia del día, las tres, demasiado tarde para ser la mañana y demasiado temprano para ser la tarde, divisó una delgadísima figura al borde de la carretera, una figura gris por el polvo del camino, estatura baja y sin pechos ni nalgas.

Conocía la ruta que llevaba a la ciudad por ese camino indudablemente más largo, pero se ahorraba los peajes. «Te lo gastas en gasolina», le decía su mujer, pero él era un tipo tenaz, con sentido de la economía y detestaba pagar peajes, como la mayor parte de los conductores de este mundo. Y nunca había encontrado a nadie al borde del camino, al menos de ese tamaño. No había ningún pueblo cercano, ni una gasolinera, ni un motel. Solo polvo y unos pocos girasoles en el campo con su cara de tarta quemada por el sol. Pensó en las mellizas —sus hijas— y detuvo el camión.

—Sube —le dijo a la extraña figura que esperaba al borde de la carretera. El camión tenía doble rueda y había que ser ágil para subir de un salto.

No había estacionado el vehículo, de modo que emprendió otra vez la marcha sin dilaciones. No tenía tiempo que perder. La figura le dijo:

—Gracias.

Reconoció la voz de una niña, una adolescente, quizás. Sus mellizas tenían once años y habían crecido bastante en los últimos meses; su mujer le dijo que se habían desarrollado, ahora eran dos niñas que tenían la regla y podían quedar embarazadas, algo que lo tenía completamente perplejo. ¿Para qué necesitaban dos chicas de once años quedar embarazadas, o tener esa posibilidad?

—Deja de tratarlas como a niñas —le aconsejó su mujer—. Ya se maquillan, se comunican por Internet y pronto querrán ir a discotecas.

—Discotecas, ninguna —gritó el hombre. Él sabía bien cómo iba aquella historia de las discotecas, para algo era hombre, y un hombre que conducía un camión y paraba en fondas del camino y, a veces, usaba los servicios de alguna mujer de alterne en el after hours.

—¿Qué estabas haciendo ahí, al borde de la carretera? —preguntó el camionero. Se había dado cuenta de que, efectivamente, se trataba de una chica, de una chica no muy agraciada, que a ratos parecía un chico, y a la que no le gustaba hablar. Una vez que paraba y levantaba a alguien en la carretera, le tocaba un ser extraño y silencioso.

—Autostop —respondió la chica. (Se dio cuenta de que era una chica porque había una pequeña elevación a la altu-

ra de los senos. Llevaba unos jeans descoloridos, una camisa rosada que le cubría el torso, y unas deportivas usadas, bastante gastadas.)

—Eso ya lo sé —dijo él—. ¿No tienes dinero para el autobús o el tren? —preguntó.

—No —respondió ella.

Esto era la crisis. La puta crisis que había dejado a todo el mundo en el paro y que desahuciaba a las familias de las casas y a los hombres y mujeres sin empleo comiendo en los servicios sociales, cuando los había, con los sueldos reducidos a menos de la mitad, si los tenían, pero conservaba a los ricos tal como estaban, o todavía más ricos.

—¿Adónde vas? —preguntó el hombre. No quería problemas. Pero tampoco quería dejar a una chiquilla un poco mayor que sus hijas al borde del camino.

—Al Ironside —dijo la chica, de manera inexpresiva, y sin mirarlo.

¿Al Ironside?, pensó él. Qué raro. ¿Qué podía hacer esa chica en un lugar así? El Ironside era un after hours al borde del camino, grande, con bombillas de colores que relampagueaban, dos mesas de billar, una barra larga donde servían cervezas, ron barato, patatas fritas de bolsa y algunas chicas de alterne para servicios sexuales. Las chicas no eran gran cosa, rumanas, nigerianas o ucranianas que apenas hablaban castellano —para lo que tenían que hacer tampoco necesitaban el idioma— y que luego de bailar o empalmar un poco a los clientes los llevaban al fondo del local, donde había un par de cuchitriles oscuros con turbias luces rojas, palanganas y servicios. Por un precio mínimo se podía conseguir una mamada o un polvo, en po-

cos minutos. Nadie necesitaba más. Alguna vez él, con la próstata hinchada luego de horas de viaje, había alquilado un servicio y, luego, se había alejado lo más rápido posible. Los clientes variaban, pero nunca había más de seis o siete. Siempre había visto el Ironside al atardecer, con las luces encendidas, unas guirnaldas rojas y verdes y un árbol dibujado con bujías marrones. Pero era de suponer que además de las chicas de alterne, el Ironside tendría muchachas que limpiaban o disponían las cervezas, los barriles, las copas. Quizás la chica era una de esas. Enseguida pensó en sus mellizas. Once años; demasiado jóvenes para ser aptas ya para un embarazo. No las dejaba salir solas. O con él, o con su mujer. Eran buenos padres, responsables, aunque no entendía por qué la naturaleza había dispuesto que a una edad tan temprana ya estuvieran desarrolladas. Quería que las mellizas estudiaran alguna cosa, medicina, abogacía, algo así. Por eso iba por el camino más largo, sin pagar peajes.

—¿Y qué quieres hacer tú en el Ironside? —preguntó el hombre.

Por primera vez desde que había subido al camión, la chica lo miró a los ojos, pero a él no le pareció una mirada complaciente. No estaba dispuesto a meterse en líos. ¿Esta chica no tenía familia?

—Quiero trabajar —dijo la chica.

Él pegó un respingo en el asiento. ¿Era consciente de lo que decía?

Ahora el camino daba una vuelta, tenía que hacer un giro, lo dio de la manera más amplia posible, con cuidado de no rozar la única valla, a la derecha.

No le gustaba hablar cuando tenía que hacer un giro. Ni dormirse. Pensó que era más conveniente averiguar algunas otras cosas, por otro lado.

—¿Dónde están tus padres? —preguntó.

La chica no respondió. En lugar de eso, abrió algo que a él que estaba con la mirada fija en el camino le pareció un pequeño y estrujado bolso de mano y extrajo un cigarrillo. Cuando lo iba a encender, le pegó un grito:

—¡No fumes! —ordenó—. ¿Quieres que me multen o me quiten el carné de conducir? ¿Te has dado cuenta de que conduzcó butano?

—Perdona —dijo ella, fastidiada, y lanzó el cigarrillo sin encender por la ventanilla.

Dejó pasar unos instantes.

—Si quieres fumar, pararemos en algún arcén —le dijo. Aunque fumaba poco, la vista del cigarrillo le había provocado ganas.

—Es igual —dijo la chica, con cara de pocos amigos.

—¿Por qué quieres trabajar? —preguntó él.

Ella pareció meditar si valía o no la pena responder.

—Tengo tres hermanos pequeños —dijo—. Y mi madre está enferma, tiene cáncer de útero —dijo.

Él fue asimilando lentamente las palabras. Después de un largo silencio, preguntó:

—¿Dónde está tu padre?

—No lo sé —dijo ella.

—¿No está en la casa? —insistió.

—No —dijo ella—. Mejor. Porque cuando estaba, era para líos.

De modo que el padre los había abandonado, la ma-

dre tenía cáncer y cuatro bocas que alimentar. Y la crisis. Seguramente los servicios sociales no los atendían. O solo les llevaban un poco de comida, una vez a la semana.

—¿Fuiste al colegio? —preguntó él.

Ella hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

Ahora venía otra curva, aminoró la marcha. Pensó que lo mejor que podía hacer para evitarse problemas era abandonar a la chica en cualquier lugar del camino, quizás hasta podía llamar a la policía para que se ocupara de ella. Recordó a las mellizas. No les había comprado un móvil, todavía, no estaba para más gastos, pero cuando se detuviera a comer algo, llamaría a su casa. Con suerte, las encontraba.

—Sí —dijo ella—. Y mis hermanos también van. Entiéndeme —explicó—: tengo que trabajar. Mi madre no puede y yo soy la mayor.

—¿Y qué piensas hacer en el Ironside? —preguntó, albergando alguna esperanza. Quizás le habían ofrecido un trabajo como chica de la limpieza, o para descargar cajas de cerveza, o para limpiar los baños.

—De puta —dijo la chica, con firmeza.

Ahora ese condenado cartel indicaba que había que bajar la velocidad a 80 km máximo.

La miró. ¿Sabía lo que estaba diciendo?

—Me cogerán enseguida —dijo—. Sé que hay clientes a quienes les gustan chicas muy jóvenes.

Él pensó en dos o tres que había conocido y rechazado. Cada vez que aparecía una puta joven, pensaba en sus mellizas y no podía hacerlo.

—¿Y tú crees que yo te voy a llevar hasta el Ironside